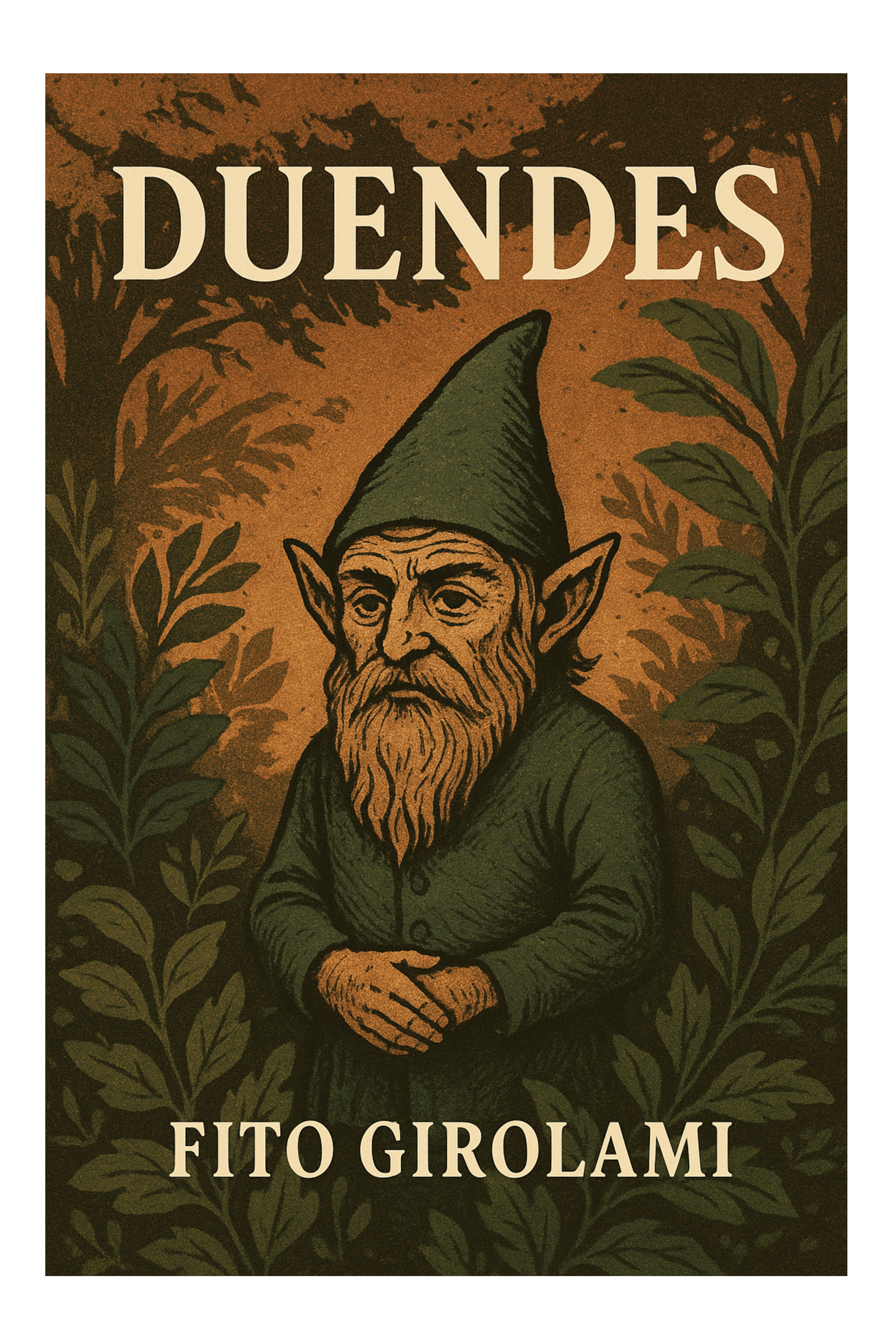

DUENDES
FITO GIROLAMI

DUENDES

Una exploración simbólica, histórica y cultural del mundo invisible

Fito Girolami
Artista e investigador independiente
Correo: contacto@fitogirolami.art

Resumen

Este ensayo propone una lectura profunda del símbolo “duende” desde una perspectiva crítica, cultural y artística. A través de una revisión histórica y antropológica de seres invisibles anteriores a la conquista, una exploración de su transformación lingüística bajo el dominio colonial, y una reflexión sobre su lugar en el arte contemporáneo, se analiza cómo la figura del duende ha sido tergiversada por el turismo místico y las redes sociales.

A partir de la experiencia simbólica de creación escultórica y narrativa desarrollada en *La Casa del Duende* y *La Aldea Mágica*, se plantea una defensa cultural del duende como figura invisible y no como producto de mercado o superstición viral.

El texto se apoya en fuentes antropológicas, filosóficas y artísticas, e incluye referencias a autores como García Lorca, Mircea Eliade, Gaston Bachelard, Ananda Coomaraswamy y a investigaciones propias publicadas en acceso abierto, en un intento por recuperar lo invisible como dimensión viva del pensamiento simbólico.

---

1. Introducción: El duende como símbolo

Hablar de duendes no es hablar de muñecos con orejas puntiagudas, ni de supersticiones recicladas para el consumo moderno. Hablar de duendes es hablar de un símbolo que atraviesa culturas, épocas y formas del sentir. Los duendes no pertenecen a una religión ni a una mitología única; son presencias intermedias, figuras liminales, espíritus del umbral. Habitan las grietas entre lo visible y lo invisible, lo racional y lo intuitivo, lo natural y lo simbólico.

No pueden ser atrapados por definiciones, ni vendidos con garantías de efectividad. Son símbolos que huyen del discurso único y nos devuelven a una experiencia anterior al lenguaje. Por eso, en lugar de preguntarnos qué son, deberíamos preguntarnos qué

provocan. El duende aparece donde el control se quiebra, donde la lógica se detiene, donde algo nos toca sin permiso ni nombre.

En este ensayo proponemos mirar a los duendes como una manifestación arquetípica de lo oculto en la vida cotidiana. Lejos del folklore infantilizado o del marketing esotérico, el duende aparece como un espejo de la complejidad humana, un recordatorio de que no todo puede ser explicado ni monetizado. Son una grieta en el relato oficial del mundo, una invitación a detenernos en lo que no se ve, pero se siente.

La palabra “duende”, cargada de siglos de traducciones, deformaciones y supersticiones, funciona como un contenedor de múltiples sentidos. Pero más allá de la palabra está la experiencia: ese momento donde algo nos roza sin que sepamos qué fue. Ese instante de presencia extraña, sin explicación lógica, que atraviesa tanto al campesino de los Andes como al escultor en su taller.

Recuperar el símbolo del duende implica descolonizar la imaginación. Implica volver a escuchar lo que la tierra, el silencio y el misterio intentan decirnos cuando dejamos de buscar certezas. Este texto se plantea entonces como una exploración de lo que los duendes nos dicen cuando los dejamos ser, y de lo que hemos hecho con ellos cuando intentamos explicarlos, capturarlos o venderlos.

---

2. Antes de 1492: duendes sin nombre

Mucho antes de que el idioma castellano se expandiera por el mundo imponiendo sus palabras, las culturas ya hablaban —aunque con otros nombres y en otras lenguas— de presencias invisibles. Seres que no necesitaban rostro humanoide ni orejas puntiagudas para ser reconocidos. Presencias que no buscaban ser comprendidas, sino respetadas.

En las tradiciones hindúes, los **yaksha** y **yakshini** eran guardianes de los espacios sagrados de la naturaleza. No se les rendía culto como a los dioses, pero tampoco se les ignoraba: se les ofrecía reconocimiento, cuidado, reciprocidad. En el mundo árabe, los **jinn** representaban esa otredad inasible, ni buenos ni malos, dotados de libre albedrío, capaces de habitar los márgenes de la conciencia.

En el norte europeo, los **kobold**, **trolls**, **huldra** o **wight** poblaban las leyendas domésticas y del bosque. Eran a veces útiles, a veces peligrosos, pero siempre otros. Lo importante es que su existencia no estaba sujeta a la prueba, sino al respeto. No se trataba de creer o no, sino de convivir con su posibilidad.

En los Andes, la palabra "duende" era inexistente. Pero sí existía el símbolo. Las **wak’as**, los **apus**, los **anchanchus** representaban esa vitalidad invisible presente en montañas, ríos, árboles, piedras. No eran figuras antropomórficas caricaturizadas, sino energías vivas, con personalidad y agencia propia. Eran, en esencia, presencias.

Nombrarlos desde nuestras categorías actuales los reduce. Pero olvidarlos por no encajar en nuestro lenguaje es aún peor. El problema no fue que tuvieran muchos nombres, sino que luego se los anuló todos para unificarlos bajo uno solo: *duende*.

---

3. La conquista y la palabra “duende”

Con la llegada de los conquistadores españoles, no solo se impusieron nuevos dioses, normas y jerarquías. Se impuso también una gramática del mundo, una forma de ordenar lo visible y lo invisible. Todo aquello que no encajaba en el sistema teológico europeo fue tachado de superstición, brujería o engaño del demonio.

En ese contexto, el término “duende” fue útil: servía para nombrar sin comprender. Era un comodín que simplificaba y borraba. Así, los antiguos espíritus tutelares fueron rebautizados con una palabra que remitía al “dueño de casa” —*duen de casa*—, domesticando lo que antes era libre, alterando su función simbólica.

Esta colonización del lenguaje fue más profunda que la de los cuerpos. Al redefinir lo invisible, se distorsionó también la relación que las culturas originarias tenían con su entorno. Lo invisible dejó de ser interlocutor y se convirtió en objeto de sospecha. Y el duende, figura antes sutil, se volvió caricatura o amenaza.

El resultado es que hoy muchas de las leyendas que circulan en América Latina sobre "duendes" son una mezcla inestable entre lo ancestral silenciado y lo colonial impuesto. Una síntesis forzada, en la que lo simbólico se ve reemplazado por lo anecdótico.

---

4. El arte como vehículo del duende

Donde la ciencia busca clasificar y la religión encerrar, el arte permite que el misterio respire. En este sentido, el duende encuentra en el arte su vehículo más fiel. Cuando creamos desde la intuición, sin fórmulas ni garantías, cuando dejamos que algo nos atraviese sin aviso, ahí está el duende.

Lorca decía: “El duende no es un don, sino una lucha”. Y no exageraba. A veces, en el taller, todo fluye; otras veces, todo se quiebra. El duende no llega a pedido. Se manifiesta cuando dejamos de imponer y comenzamos a recibir. Como artistas, hemos aprendido a estar disponibles más que a controlar.

En nuestra experiencia como creadores en *La Casa del Duende* y *La Aldea Mágica*, muchas veces hemos sido testigos de algo que nos excede. Personas que se quiebran al ver una figura, que sienten haber encontrado “algo” sin saber nombrarlo. Hay quienes vuelven años después, buscando otra vez esa vibración. Eso no se diseña: se convoca.

El arte no representa al duende: lo encarna. No lo explica: lo insinúa. No lo reduce: lo amplifica. Por eso, cada escultura es un puente. Cada figura, una pausa. Cada espacio creado, un umbral. Y eso, en tiempos de ruido, ya es una forma de resistencia.

---

5. El mercado, las redes y la distorsión

Lo que no pudo eliminar la conquista, lo absorbió el mercado. El duende, como figura simbólica, fue vaciado y convertido en objeto decorativo, eslogan de TikTok o accesorio de superstición. Se vende con instrucciones, se activa con rituales comprados. La experiencia se vuelve fórmula.

Hemos visto cómo en Baños de Agua Santa —como en tantos otros lugares— la figura del duende fue trivializada por operadores turísticos y contenidos virales. Pequeños muñecos con nombres forzados, videos donde se les atribuye poderes que cambian según la moda, supersticiones plásticas con envoltorios reciclados del new age.

No se trata de una “competencia simbólica”. Se trata de responsabilidad. El símbolo, para tener potencia, necesita coherencia. Y cuando se banaliza, se desconecta de su raíz. Lo invisible no desaparece: se esconde. Lo sagrado no muere: se retira.

La crítica aquí no es moral. Es cultural. Lo simbólico no puede sobrevivir sin cuidado. Y el duende, para ser símbolo, no puede ser slogan.

---

6. La filosofía invisible

No todo lo verdadero se puede ver. No todo lo real se puede tocar. A eso llamamos filosofía invisible: una forma de pensar que no busca dominar lo oculto, sino convivir con él. El duende no ofrece respuestas: provoca preguntas.

Esta forma de pensar rechaza tanto el dogma religioso como la fórmula esotérica. No busca consuelo, sino presencia. La filosofía invisible es la que se ejercita en el taller, en el bosque, en la pausa. Es la que habita el intersticio entre lo que creemos saber y lo que verdaderamente sentimos.

Bachelard nos recuerda que el espacio no es solo geometría, sino emoción. Eliade enseña que lo sagrado está donde se abre el tiempo. Coomaraswamy insiste en que el símbolo no se interpreta: se encarna.

En *Filosofía invisible* (Girolami, 2025), planteamos que el arte no debe aspirar a la explicación, sino a la resonancia. Que crear es escuchar. Que el misterio no es problema, sino sustancia. Que el duende no es personaje: es presencia.

---

7. El futuro del símbolo en tiempos de algoritmos

Vivimos en una época donde todo se replica, pero casi nada se recuerda. Los símbolos son absorbidos, vaciados y devueltos en forma de tendencia. Pero un símbolo no es una moda: es una estructura del alma colectiva.

La lógica del algoritmo favorece la repetición, no la profundidad. Premia lo que entretiene, no lo que transforma. En ese contexto, el símbolo queda fuera del radar. Por eso, quienes siguen creando desde lo invisible, están haciendo un acto de rebeldía.

Los duendes del futuro no serán los más vistos, sino los menos domesticados. No estarán en catálogos, sino en senderos. No serán parte de campañas, sino de búsquedas. Serán aquellos que rehúsen ser nombrados, y que permanezcan en las grietas del sistema, como el arte que no busca audiencia, sino verdad.

---

8. Conclusión: Restituir el símbolo

Restituir al duende no es definirlo, sino liberarlo. Devolverle su silencio, su rareza, su fuerza. No defenderlo como fetiche, sino recordarlo como señal. El símbolo no necesita que lo protejan, pero sí que lo escuchen. Y escuchar, en este tiempo de ruido, es ya una forma de resistencia.

Que el duende siga escapando de quienes lo quieren explicar. Que habite la pausa, la grieta, la forma. Que siga siendo lo que es: un misterio que llama sin pedir ser nombrado.

Referencias

Bachelard, G. (1958). *La poética del espacio*. Fondo de Cultura Económica. https://www.fce.com.mx/libros/poetica-del-espacio

Coomaraswamy, A. K. (1946). *El simbolismo tradicional del arte*. Ediciones Kairós. https://archive.org/details/akcoomaraswamy-symbolism-of-art

Eliade, M. (1957). *Lo sagrado y lo profano: La esencia de las religiones*. Ediciones Guadarrama. https://archive.org/details/lo-sagrado-y-lo-profano-eliade

García Lorca, F. (1933). *Juego y teoría del duende*.

https://modernism.research.yale.edu/wiki/index.php/Federico_Garc%C3%ADa_Lorca,_Theory_and_Play_of_the_Duende

Girolami, F. (2025). *Filosofía invisible: Un manifiesto por lo que no se ve pero permanece*. Zenodo.
https://doi.org/10.5281/zenodo.15716623

Kirk, R. (1815 / ed. moderna). *The Secret Commonwealth of Elves, Fauns and Fairies*.
https://archive.org/details/secretcommonweal00kirkrich

Montoya, R. (2005). *Saberes andinos y racionalidad moderna*. Revista Andina.
https://www.scielo.org.pe/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2076-26742005000100003

Rivera Cusicanqui, S. (2010). *Ch'ixinakax utxiwa: Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Tinta Limón.
https://es.scribd.com/document/488482582/Ch-ixinakax-Utxiwa-Silvia-Rivera-Cusicanqui